

C A T H Y   H O P K I N S

# Doble desafío



# 1

## Día crítico

–¿Qué quieren los chicos exactamente? –preguntó Cat mientras íbamos a la escuela en autobús el primer día después de las vacaciones de Pascua–. Ojalá pudiera meterme en la cabeza de un chico sólo por veinticuatro horas para ver qué pasa ahí adentro.

–No encontrarías mucho –repuso Zoom, riendo–. Al menos, no en la cabeza de Mac.

Le di un puñetazo.

–¡Oye! Cuidado, amigo. No sabes lo que pasa aquí dentro.

Zoom volvió a reír.

–¿Los problemas del medio ambiente? ¿Por qué estamos aquí? ¿Dios existe? No lo creo. Más bien algo como: veo una chica, qué bueno, mmm, me gusta. Comida, pronto. Estoy cansado, voy a dormir en la clase de matemáticas. Ug.

–¡Y yo te creía mi amigo! –dije–. No sabes apreciar mi vida interior.

–De acuerdo –dijo Cat–. Dime, entonces. ¿En qué estabas pensando hace un momento, cuando mirabas por la ventanilla? ¿Qué pensamientos tan profundos pasaban por esa cabeza tuya?

Normalmente no soy de ruborizarme pero sentí que me ponía colorado. Cat me había descubierto. Hoy era el día que más temía. Era el día en que terminaría con Becca, y estaba repasando mi discurso de separación por cienmilésima vez.

–Bueno... ya sabes, sólo pensaba en las horribles torturas que nos esperan hoy en la escuela.

–Hmm, exactamente en lo que yo trataba de no pensar –dijo Cat–. Creo que iré atrás a hablar con Moira. A ver qué hizo durante las vacaciones de Pascua.

–Ahí tienes mi magnetismo hacia las mujeres –dije, cuando se fue–. Dos minutos conmigo y no ven la hora de irse.

–Al menos tienes a Becca –respondió Zoom–. Ella no parece tener prisa por apartarse de ti. Durante las vacaciones, ustedes dos parecían hermanos siameses.

–Ni me lo digas –respondí–. Ya me mandó dos mensajes de texto esta mañana. Pero... escucha, amigo, y esto queda estrictamente entre tú y yo.

–Sí.

–Es sólo que... es difícil. Me gusta Becca, claro, ¿a quién no? Es una muñeca, pero...

–¿Estás pensando en terminar con ella?

–¿Cómo te diste cuenta?

–¡Vamos! No soy estúpido. ¿Recuerdas cuando estábamos en el set? Dijiste algo acerca de que querías probar una cesta completa de frutas en vez de conformarte sólo con una manzana, o algo así de poético.

Asentí. Durante las vacaciones de Pascua, un equipo de filmación estuvo trabajando en Mount Edgecumbe Park. Fue excelente, pues la mitad de la escuela consiguió algún trabajo allí. Zoom, como asistente de dirección; Cat y Becca, en la tienda de comidas, y yo pasé algunos días lavando automóviles. Fue una experiencia increíble y conocimos mucha gente genial, especialmente las maquilladoras. El problema fue que Becca me vigilaba como un halcón si alguna vez me veía conversando con alguna de ellas. Entonces empecé a cuestionarme si quería tener una relación seria y, con Becca, no puede ser otra cosa. Ella es quien manda: decide adónde vamos, cuándo y con quién. Además, me llama o me envía mensajes de texto unas diez veces al día. Empezaba a sentirme asfixiado.

–Y ¿cuándo vas a decírselo? –preguntó Zoom.

–Hoy. Quiero empezar el verano haciendo borrón y cuenta nueva.

–Hmm, buena suerte.

–Vamos, Zoom. Dime algo más que eso. Esperaba que me sugirieras alguna forma de hacerlo.

Cuando me mudé a Cornwall desde Londres, hace poco más de un año, Cat y Zoom eran novios. Hacía muchísimo tiempo que salían y Zoom quería cortar la relación para tener la libertad de conocer otras chicas. Ahora sale con la bellísima Lia Axford. Pero se las ingenió para seguir siendo amigo de Cat. De hecho, todos somos amigos. Zoom, Lia, Cat, Becca y yo. Estamos juntos desde que llegué aquí y no quiero perder a ninguno de ellos.

–No hay una manera fácil –respondió Zoom–. Sólo hazlo.

–Pero ¿cómo? Ya he repasado el discurso un millón de veces. ¿Cómo hiciste tú con Cat?

–Ah. Creo que pasé semanas sufriendo antes de llegar a eso...

–Exacto –dije–. Entonces no me vengas con eso de “sólo hazlo”.

–Pero, al final, eso fue lo que tuve que hacer. Hay que armarse de coraje, tomar el toro por los cuernos...

–Tomar a Becca por los cuernos. Qué miedo. ¿Y si llora?

Becca es una de esas chicas que no esconde nada y no tiene problema en mostrar sus emociones. Y vaya si las tiene. No quería alterarla. Detesto las escenas. Detesto la confrontación. En eso soy como mi papá, que prefiere la vida tranquila, y esto iba a ser difícil. Sabía que Becca me tenía cariño. Mucho. Y, por halagador que eso fuera, quería seguir con mi vida.

Cuando el autobús llegó al portal de la escuela, Zoom se volvió hacia mí y me dijo:

–Que la fuerza te acompañe, Skywalker, mi buen amigo. Sólo hazlo y... eh... ¿por qué te escondes bajo el asiento?

Me había acuclillado porque acababa de ver el VW *Polo* del papá de Becca estacionarse delante del autobús. Becca estaba bajando por la puerta trasera. ¿Estoy loco?, me pregunté mientras espía desde el piso del

autobús y la observaba entrar a la escuela. Hoy se había vestido toda de negro. Jeans negros y top negro. Es una chica muy bonita. Alta, con curvas, y cabello largo de color rojo intenso. Parece una de esas princesas de *El Señor de los Anillos*.

–¿Perdiste algo? –preguntó Cat al pasar y verme acurrucado en el piso.

–Sólo la cabeza –respondí.

–Nada nuevo, entonces –repuso Cat, mientras bajaba del autobús y corría para alcanzar a Becca.

Era horrible estar otra vez en la escuela. Siempre lo es después de un receso. Y, para empeorar las cosas, empezamos con hora doble de matemáticas y luego química. Mi materia preferida es arte. Es lo único en lo que me va realmente bien. Cuando termine la escuela, quiero ser caricaturista. Es lo que siempre he deseado hacer desde que era niño y, aunque sé que aún me falta mucho, espero desarrollar mi propio estilo para que todo el mundo reconozca una caricatura de Mac (o de Tom Macey) cuando la vea. Por eso no le encuentro sentido a estudiar pociones y fórmulas y aprender las propiedades del dióxido de carbono.

Pasé la mayor parte de la mañana repasando una vez más lo que iba a decir a Becca. Ella me había enviado un mensaje de texto para que nos encontráramos en el recreo, pero yo no estaba listo y me escondí en la biblioteca, donde decidí eludirla durante el resto de la mañana. No sería muy difícil, pues ella está en noveno año y yo, en undécimo, de modo que no tenemos clases en común. Se lo diría durante el almuerzo. No. Mala idea. Quizá no pudiera estar a solas con ella, y además ¿qué haría? No podía decírselo así nada más, mientras masticaba su sándwich, algo como: ah, a propósito, hemos terminado, disfruta tu comida. Además, era probable que necesitara más tiempo que la hora de almuerzo, en caso de que se pusiera a llorar y tuviera que tranquilizarla. No, sin duda era muy mala idea decírselo entonces. Si se alterara, tendría que pasar el resto de la tarde así. No. No puedo hacerle eso. Mejor después de la escuela. Así, podría irse a su casa y, si quería llorar, hacerlo

en privado. Dios, esto es horrible. ¿Por qué en la escuela no nos enseñan cosas importantes como éstas? Una clase sobre cómo terminar con una novia sería mucho más útil que aprender cuáles son los símbolos del oxígeno y del dióxido de carbono. Mientras el Sr. Daley seguía hablando en tono monocorde al frente de la clase, volví a repasar mentalmente mi discurso de despedida.

Me gustas mucho pero...

No lo tomes como algo personal, sin embargo...

No es que no me gustas. Es sólo que acabo de descubrir que soy *gay* y he decidido admitirlo...

Becca, la verdad es que, aunque tengo apenas dieciséis años, tengo una esposa y un hijo en Londres y he estado esperando el momento oportuno para decírtelo...

En realidad, Mac murió en las vacaciones de Pascua; yo soy su hermano gemelo de Londres y ya tengo novia...

Dios se me apareció anoche en mi cuarto y me dijo que soy el Elegido y que, en adelante, debo abstenerme de las relaciones...

Inútil, todo inútil. No. Tengo que decir la verdad. Pero ¿cómo?

¿Con un mensaje de texto o por e-mail? Algo como: NOS VMOS DESP. MUCH DESP. No, eso es de cobardes. Tengo que hacerlo en persona. Se lo merece.

Bajé la vista y vi que había garabateado una caricatura de un muchacho a quien ahorcaban en el patíbulo. Lamentablemente, el Sr. Daley estaba recorriendo el aula y también vio mi dibujo.

—Ah. Pobre muchacho. ¿Así se siente hoy, Macey? —me preguntó—. Debe de resultarle difícil volver después de las vacaciones.

Me di cuenta de que su tono preocupado era bien falso...

—No, señor. Digo, sí, señor. Es decir...

—No ha escuchado una sola palabra de lo que dije hasta ahora. ¿Verdad?

—Sí, señor. Lo he escuchado.

—¿Y las propiedades del dióxido de carbono son...?

–Eh... agua...

El Sr. Daley me miró con su sonrisa temible. Esta sonrisa significaba: está a punto de ser castigado.

–Éste es su último año. No hay tiempo para tonterías. Se quedará después de clase durante la hora del almuerzo.

–Sí, señor. –Le sonreí. Excelente, pensé. Eso me permitirá eludir a Becca.

El Sr. Daley me miró extrañado.

–Ahora bien, antes de empezar con las propiedades del azufre, ¿hay alguien más a quien le cueste concentrarse y quiera acompañar a Tom Macey?

Becca me envió otros dos mensajes de texto mientras yo esperaba después de clase; decía que quería verme con urgencia. Todo siempre es urgente con ella. Entonces le respondí que la vería a la salida de la escuela, junto a la parada del autobús donde ella espera que la pasen a buscar. De esa manera, no tendremos mucho tiempo. Puedo hacer eso tan temido. El auto vendrá a recogerla, la llevará a su casa y ella no tendrá que enfrentar a nadie hasta que esté lista. Era un buen plan. Todo resuelto.

El día de escuela terminó muy rápido, llegué al lugar de encuentro y vi que Becca venía hacia mí. Estaba muy cerca, y venía jugando con su pelo con expresión nerviosa. Por un momento sentí pánico. Tal vez Zoom había dicho algo. Quizá le había contado a Lia lo que yo pensaba hacer, Lia se lo había dicho a Cat y ella, a Becca. No. Traté de tranquilizarme. Él no habría hecho eso. Es mi mejor amigo. Podía confiar en él, y sabe cómo son esas chicas. No pueden guardarse nada. ¿Qué me había dicho esa mañana? ¿Sólo hazlo? Me acomodé la mochila al hombro y respiré hondo.

–Becca...

–Mac –dijo, antes de que pudiera decirle algo más–. No hay manera fácil de decir esto, así que voy a hacerlo directamente. Creo que deberíamos separarnos por un tiempo.

¡Eh! Eso era lo que iba a decir yo.

–Me gustas mucho, de verdad, y no quiero que creas que es algo personal ni nada –prosiguió, apoyando levemente la mano sobre mi brazo–. Y quiero que sigamos siendo amigos. Eso es muy importante para mí. Eres uno de los chicos más buenos que conozco, pero por el momento no quiero tener novio.

Ahí debía hablar yo, pero mis cuerdas vocales parecían haberse congelado en mi garganta.

Se echó el pelo hacia atrás y continuó con *mi* discurso.

–Siento que nos hemos convertido demasiado en una pareja y necesitamos un poco de independencia...

Vagamente tomé conciencia de que mi imitación de un pez estaba saliendo perfecta. Cerré la boca y traté de poner cara normal, pero todo lo que había planeado se me había borrado de la mente.

–Eh... bueno... está bien... –logré balbucear por fin.

–Lo siento.

–No. Sí. De acuerdo. Está bien.

Becca suspiró.

–Uf. Qué alivio que lo tomes así. Estuve sufriendo todo el día, temiendo este momento. ¿Seguro que estás bien?

–Estoy bien. En serio –respondí, aunque nada más lejos de la verdad. Me sentía anonadado por cómo estaban saliendo las cosas. ¡Ella me estaba dejando *a mí!* Era lo último que había esperado. Se suponía que yo la dejaría a ella, y que debía decírselo cuanto antes–. De hecho, yo estuve pensando lo mismo.

Becca me apretó el brazo con afecto.

–Querido Mac –dijo–. Es típico de ti decir algo así para que no me sienta mal pero sé que te he lastimado. Así que gracias. Sé que necesitarás un



tiempo a solas para aclarar esto en tu mente pero, cuando estés listo, podemos seguir siendo amigos, ¿verdad? ¿Seguir viéndonos con el grupo?

–Sí. Claro.

–Estaba tan preocupada –dijo, y me dio un gran abrazo de oso–. Eres un muy buen amigo, Mac. Cuánto me alegra saber que esto no va a arruinar las cosas entre nosotros.

Me soltó, y luego observó mi cara con atención. Probablemente en busca de lágrimas.

–Bueno... Nos vemos, entonces.

–Sí –respondí–. Nos vemos.

En ese momento divisé a Cat y Lia, que se habían quedado junto al portal de la escuela. Miraban hacia donde estábamos y, cuando Cat me vio mirar en esa dirección, se escondió deprisa. Ahora mi humillación es total, pensé. Obviamente se vendieron boletos a toda la escuela y pronto aparecerá alguien ofreciendo binoculares y palomitas de maíz.

Becca me apretó el brazo por última vez y luego fue a reunirse con Cat y Lia, que seguían mirando con ansiedad. Era evidente que habían planeado toda la escena entre ellas y ahora irían a alguna parte a comentar mi reacción. Me quedé allí, sintiéndome un perfecto imbécil. ¿Cómo había podido equivocarme tanto?, me pregunté. Pensaba que ella estaba loca por mí. Debo ser malísimo para leerles la mente a las chicas.

Mujeres. Las amo. Las odio. Pero seguro que no las entiendo.